

Los procesos de subjetivación de los discursos actuales de ultraderecha desde una perspectiva lacaniana.

En la actualidad los estudios sobre los procesos socio-simbólicos de subjetivación se articulan en un conjunto de confluencias discursivas y disciplinares para permitir un abordaje integral de sus implicancias y relaciones sociales e históricas. Entre ellos destacamos la confluencia de perspectivas filosóficas y psicoanalíticas en numerosos debates y desarrollos teóricos contemporáneos.

Desde la perspectiva filosófica podemos situar un antecedente fundamental en las elaboraciones de Heidegger, en torno a 1927, a partir de sus especificaciones relativas al carácter situado, discursivo y relacional del Dasein, término que designa las imbricaciones en el ámbito ontológico relativo al existente humano. En línea con ello, las elaboraciones de Foucault y su teoría del sujeto articulada desde mediados de la década de 1970, permiten dar cuenta del carácter construido de la subjetividad en el marco de los diferentes discursos y prácticas articuladas en diversas instituciones.

Por su parte, desde la perspectiva psicoanalítica en las elaboraciones de Lacan, podemos identificar un concepto propio de sujeto en su articulación irreductible y derivada de la dimensión del lenguaje. Dicha vinculación sujeto-lenguaje bien puede articularse con aquellas tradiciones filosóficas. No obstante, los desplazamientos teóricos en su última enseñanza, donde se modifica el privilegio que tenía la dimensión simbólica en su teoría, ponen en primer lugar las relaciones entre los procesos simbólicos de subjetivación y el carácter vivificado del cuerpo, a partir de sus elaboraciones concernientes al goce.

Es precisamente la teoría lacaniana del goce, articulada con su teoría del sujeto, un marco que puede permitir desarrollar un diálogo con aquellas elaboraciones filosóficas, así como también ofrecer un marco interpretativo integral para las actuales configuraciones subjetivas a partir de la proliferación de discursos de ultraderecha caracterizados por la violencia y el odio como modos contemporáneos de resurgimiento de aquellas pulsiones destructivas que Freud distingue como parte inherente a la condición humana.

En el siguiente trabajo nos proponemos articular y desplegar un marco teórico interpretativo que permita una lectura integral de los procesos actuales de subjetivación a partir de la proliferación de discursos de ultraderecha en nuestra región, y en el resto del mundo, tal y como se han articulado en el reciente período de pandemia desde el año 2020. A nuestro entender dicha proliferación, en sus implicancias sociales y políticas, requiere el desarrollo de análisis que desde diversas perspectivas permitan configurar políticas de intervención estatal e institucional específicas, claras y eficaces. En este sentido entendemos que los desarrollos teórico-discursivos de las mencionadas perspectivas nos ofrecen elementos para tales configuraciones.

Para ello, en primer lugar, analizaremos las distintas elaboraciones del concepto de goce en la enseñanza de Lacan en sus vinculaciones con su teoría del sujeto y las consideraciones sobre la corporalidad en su última enseñanza. En segundo lugar articularemos tales elaboraciones en el marco de un análisis hermenéutico de los procesos de subjetivación vinculados a los discursos de ultraderecha tal y como pueden reconocerse en los circuitos comunicacionales actuales en nuestra región.

1.- El goce y el sujeto en Lacan.

Los análisis de Lacan suponen un núcleo irreductible en la experiencia subjetiva que no puede tramitarse en las relaciones sociales. En su primera enseñanza Lacan distingue el carácter derivado del goce respecto al significante, como un efecto de éste operando sobre el

cuerpo. Este concepto primero es equiparado con la satisfacción pulsional. Luego se propone tomar cierta distancia de aquel enfoque, para priorizar la cuestión de lo escrito del goce y las estructuras lógicas que permiten situarlo en el discurso.

En este sentido, el goce no sólo remite al sufrimiento como formas de satisfacción o a las fuerzas pulsionales destructivas, sino también a sus efectos y relatos por parte del sujeto. Ello implica su articulación en un decir que pone en evidencia una condición de la experiencia con el cuerpo, los otros y el medio. En todo caso, se trata de una satisfacción pulsional sustitutiva en el displacer de los síntomas y el sufrimiento correlativo, cuya marcación corporal data de la configuración subjetiva a partir de sus relaciones con el discurso y el significante. Es precisamente tal configuración subjetiva la que aloja un hueco, una dimensión por fuera del discurso, la homeostasis y los valores de época, lo cual remite a una dimensión propia que no hace lazo social ni se mide con valores o modalidades relacionales comunitarias.

En este marco, el sujeto como efecto del significante se encuentra marcado por una pérdida primaria de goce que lo constituye. Dado que esta dinámica de pérdida-constitución se da en el intervalo del efecto sujeto entre significantes es posible comprender o situar el goce en la interdicción, en aquello que se dice o manifiesta entre significantes, en aquello prohibido, rechazado, entredicho. De esta manera, se introduce la dimensión de la pérdida, lo cual abre una vía para los caminos del deseo. De esta manera el significante se revela también como un medio de recuperación de goce por objetos y zonas del cuerpo determinadas pero ello no logra subsumir bajo la dimensión simbólica la dinámica del goce. En línea con Freud, es posible desarrollar una clínica que parte de la imposibilidad de la satisfacción total de la pulsión, correlativo con el acceso a un goce no-todo, esto es, nunca total, pleno ni definitivo.

Lacan especifica esta dimensión en aquello que se manifiesta como excedente de la red signifiante, precisamente allí donde identifica el plus-de-goce (*plus-de-jouir*) como medio de recuperación de goce por la vía signifiante. En especial, en el seminario 16 (1968-1969), Lacan diferencia el plus-de-goce a partir de sus consideraciones de la falta irreductible en el Otro y su inconsistencia que implica una imposibilidad de cierre discursivo, así como también una pérdida o renuncia inicial de goce, esto es, aquél resto de goce que queda fuera de la mortificación signifiante, pero que conserva la huella del significante. El concepto de goce es elaborado aquí en función de la pérdida, como resultado de la renuncia al goce por efecto del discurso que, sin embargo, mantiene sus ligazones con éste.

Entre las diversas consecuencias de ello, Lacan da cuenta de la relación imaginaria que se articula con esta pérdida inicial: el Otro es percibido en un goce todo que incluye parte de aquél que me fue sustraído estructuralmente. Esto supone una relación que puede derivar en relaciones violentas, paranoicas, de enemistad socio-comunitaria.

En sus elaboraciones de la década de 1970 es posible distinguir una clínica con una dirección de la cura que apunta a un más allá de la dimensión socio-comunitaria, precisamente por esta dimensión de no-relación que se pone de manifiesto con las dinámicas de goce. En este contexto distingue dos tipos de goce a partir del reconocimiento de un resto no simbolizable: el goce fálico y el goce Otro. En el primer caso se trata del goce del falo, entendido como signifiante de la falta en el Otro, que permite ordenar el discurso: ante la inconsistencia del Otro, Lacan identifica un signifiante que viene al lugar de esa falta para asegurar las significaciones y el sentido que remite a la tentativa de comprensión y explicación de la experiencia, esto es, a su faceta vinculada a la palabra. No obstante, se especifica como un goce autoerótico pues termina por desligarse de la relación con el Otro. En el segundo caso se trata de un goce femenino e independiente del goce fálico, que este autor caracteriza como enigmático e inefable por desplegarse en una dimensión más allá del sentido.

Ahora bien, dicho carácter irreductible de la relación lenguaje-sujeto-cuerpo aparta al psicoanálisis de una práctica de corrección, educación o acotamiento que conciba al goce desde una perspectiva patológica. Es por ello que se pueden encontrar discusiones en torno a la clínica y tratamiento del goce: acotarlo o reconquistarlo supone un domeñamiento que se inscribe en toda tentativa de educación. En este marco, si todo síntoma produce y elabora un goce, vinculado a las consecuencias de la falta en la inscripción significativa del sujeto, entonces esta clínica no puede pretender alcanzar equilibrios y funcionamientos correctos, aunque bien puede permitir dar cuenta de fenómenos discursivos, sociales y colectivos en general donde estas relaciones entre subjetivación, goce y discurso se intensifican, se desvían y se rearticulan.

En esta línea se ha discutido en la comunidad psicoanalítica en torno al marco de responsabilidad o maniobra subjetiva respecto a las modalidades de goce y las marcas en el cuerpo respectivas: si se considera que el goce se origina en el discurso, el goce en ningún caso remite a la responsabilidad subjetiva del analizante. Más que responsabilidad subjetiva, se trata aquí de una pregunta por las condiciones de goce y sus marcas en el cuerpo, pues Lacan concibe al cuerpo inicialmente atravesado por un goce que luego el lenguaje evacua parcialmente, pero dejando marcas y trazas que lo singularizan.

En su relación ineludible con el lenguaje, el goce implica una necesidad lógica ligada a un discurso. Por eso Lacan planteó una clínica que se orienta a la dilucidación de las constantes irreductibles del discurso del sujeto, reduciendo el sentido del síntoma para dejar expuestas las marcas y trazas de escritura desde donde surgen las condiciones de goce.

En los primeros seminarios de Lacan se puede reconocer un conjunto de elaboraciones que articulan al sujeto desde un marco social y comunitario. Específicamente, en sus trabajos entre 1932-1953 Lacan comienza a desarrollar un enfoque propio, en un contexto caracterizado por el auge teórico de los posfreudianos, aquellos que parten de las elucidaciones de Freud en torno al yo para desarrollar una clínica tendiente a su fortalecimiento. En este marco Lacan también se posiciona frente a la corriente norteamericana pragmatista de la Ego Psychology, la cual se contrapone a la clínica freudiana que parte del descentramiento del yo, para desarrollar una clínica supone la posibilidad de autonomía del yo respecto de sus pulsiones y se orienta a modelos comportamentales regulados socialmente. Desde allí, redefine la primacía dada al inconsciente en relación a la constitución y la verdad del sujeto, en dos direcciones, a partir de especificar el carácter imaginario del yo y al abordar la cuestión del sujeto en dirección a lo simbólico.

En primer lugar, desde sus elaboraciones en torno al estadio del espejo en 1936, Lacan se opone a toda filosofía derivada del cogito cartesiano, al concebir el yo como un sistema de identificaciones alienantes, a partir de su conferencia en el 14 Congreso Psicoanalítico Internacional (1936). En este sentido, la emergencia del yo en el campo psíquico es el producto de una relación alienante con la imagen que tiene en el Otro su soporte fundamental. En una proyección hacia una imagen que le da totalidad, surge el yo como tentativa de taponamiento de toda falta o inconsistencia que se ponga de manifiesto en la experiencia subjetiva. En esta perspectiva, el yo no es igual al sujeto, sino una función alienada relativa a las identificaciones y formadora del cuerpo. Dado que esta estructuración se articula desde la relación con el medio, Lacan desarrolla también la relación originaria del sujeto con el Otro.

Desde su segundo seminario (1954-1955), Lacan establece una articulación que le permite terciar en aquella dicotomía especular del yo. El punto de partida es la ilusión que recubre la idea que el hombre tiene de sí mismo en su configuración socio-simbólica: la función sustitutiva de esta insistencia en el sujeto se despliega debido a cierta falla inherente a su constitución.

A partir de estas aproximaciones es posible distinguir una clínica orientada al deseo, allí donde el sujeto pueda inscribir en el campo socio-simbólico direcciones tentativas en su existencia que le permitan tornar funcional la falta inherente al lenguaje, al precio de estar prevenido ante su insatisfacción constitutiva. Al igual que en la clínica de Freud, ello supone un saber-hacer respecto a esta falta irreductible. Asimismo, la relación del sujeto con el deseo del Otro le permite a Lacan situar el fantasma en su función respectiva. El fantasma remite aquí a una tentativa de sutura o de respuesta ante la pregunta por el deseo del Otro, precisamente allí donde se articula la identificación del sujeto con el significante-respuesta al enigma del deseo del Otro. En cierta medida, esto vincula al deseo con un objeto-fantasma, como una tentativa de respuesta parcial a la pregunta por el deseo del Otro. En definitiva, se trata aquí de una trasposición de la falta desde la dimensión subjetiva a la dimensión socio-comunitaria del deseo.

A partir de 1955 es posible situar elucidaciones de Lacan en torno a la ética del psicoanálisis, una ética crítica no individualista, que no apunta a los ideales sociales de época basados en el éxito y la felicidad que suponen una armonía pulsional, a costa del disciplinamiento del deseo, tal y como se pone de manifiesto en las corrientes norteamericanas basadas en el ideal de armonía pulsional o de conformidad con el grupo, a lo cual se contraponen. Lacan plantea una práctica analítica que no se oriente a la adaptación o dirección del paciente, en línea con su concepto de sujeto cuya falta en ser es estructurante del deseo. De esta manera, se propone preservar el lugar del deseo en la dirección de la cura, al modo de una práctica orientada a la admisión y asunción de la falta que constituye al sujeto.

Con este enfoque, el sujeto adviene en el individuo humano por la injerencia del lenguaje en el organismo, que simultáneamente constituye la dimensión del Otro como tesoro de significantes. La cadena simbólica representa y organiza a un sujeto, que ocupa en ella su lugar desempeñando un papel, mientras se organiza de acuerdo a leyes. De este modo, el sujeto aquí no remite al ser humano, la persona, el individuo o el yo, es decir, no tiene un estatuto óntico ni empírico, sino que es un efecto de sentido.

En sus lecturas lacanianas, Miller distingue un hiato entre goce y deseo a lo largo de la enseñanza de Lacan: mientras el goce tiene sede en el cuerpo propio, el deseo se relaciona con el Otro. Precisamente aquí, elabora sus consideraciones desde el supuesto de aquello que Miller destaca como la *monada primitiva de goce* (Miller 1996-1997, p.411). Este supuesto o “plus de mito” se articula desde la dinámica totalidad-falta, no ya en el marco imaginario-simbólico del deseo del Otro, sino en el ámbito real del goce. El planteamiento de una monada mítica, que establece una correlación entre el goce y una totalidad unitaria, lo cual enfatiza que la pérdida de goce es constitutiva de los cuerpos, con su carácter propio e irreductible. Junto a ello es posible situar una dinámica de falta que da lugar a la dimensión del Otro y el deseo, allí donde el sujeto busca algo de su goce perdido. En pocas palabras, mientras las dinámicas del deseo suponen lazos y articulaciones al Otro, las repeticiones del goce remiten a la dimensión propia que no hace lazo.

Estos análisis le permiten al autor situar un horizonte para lo que distingue como la política lacaniana, la cual remite a la posibilidad de acotar aquel empuje al goce característico del discurso capitalista, tal como especifica: *Sólo es factible entrometerse en lo político si se reconoce que no hay discurso, y no sólo analítico, que no sea del goce, al menos cuando de él se espera el trabajo de la verdad* (Lacan [1969-1970](2012), p. 83). Aquí Miller destaca el acto analítico como la apertura de un acontecimiento singular que subvierte

la posición del sujeto, lo cual repercute en la *instauración de nuevos lazos comunitarios* al transformar el espacio simbólico previo. A diferencia de los discursos políticos que prometen goce, la política lacaniana parte del eje deseo-goce. En este sentido, el autor destaca que el psicoanálisis promueve la disolución de las identificaciones que toman de la arena del otro sus elementos constitutivos, para poner de manifiesto la existencia y naturaleza de las significaciones sociales que estabilizan estas dinámicas del sujeto con la falta.

2.- Los procesos de subjetivación en discursos políticos contemporáneos.

Tal como destaca Lacan en su última enseñanza y como desarrolla Miller en sus últimos cursos, la creciente potenciación del discurso capitalista se ciñe principalmente en una potenciación desmesurada del yo, en su tendencia a totalizarse, en conjunción con una discursividad neoliberal y una subjetividad de época donde prima el empuje ilimitado al goce a partir de la promesa de un goce sin medida, no menguante y totalizable. Es precisamente sobre las bases de estos espejismos de totalización, donde la falta que constituye la subjetividad se articula en un rechazo o denegación, desde numerosos discursos y experiencias sociales.

En la actualidad, luego de la pandemia de 2019, la emergencia a nivel regional y mundial, de discursos de ultraderecha con fuertes manifestaciones de odio, de ruptura de pactos sociales y democráticos, así como de erosión de los lazos sociales y comunitarios, ha crecido exponencialmente con una fuerza inusitada. Dicha proliferación conmina a estudiar sus condiciones de posibilidad, su emergencia y ese carácter pregnante que tienen en diversas clases sociales y franjas etarias, desde un enfoque más abarcativo. En tal sentido, las categorías del psicoanálisis lacaniano proporcionan un marco de análisis que cuenta con numerosos desarrollos en diversas prácticas y contextos contemporáneos. La filosofía contemporánea cuenta con diversos desarrollos en este sentido.

Discursos locales de derecha y ultraderecha ofrecen con frecuencia figuras de un otro, ya no como prójimo, sino como amenaza. Una amenaza a los goces propios, a la posibilidad de expandir la experiencia, el disfrute, el placer al antojo. Pero si la pérdida de goce es constitutiva de la configuración subjetiva en el lenguaje, entonces el otro como enemigo, como sustractor del goce todo que se imagina como propio, es un recurso efectivo de numerosos discursos que se muestran afines a las dinámicas del mercado y del capital. La promesa del goce ilimitado y el control sobre aquellos que “lo sustraen sin derecho” se cristaliza en discursos anti derechos, xenófobos, homófobos, fascistas de diversa índole.

Junto a ello, la creciente tecnologización de las relaciones y lazos comunitarios, deja la dimensión del yo a solas con su avidez imaginaria de totalidad, al mismo tiempo que va debilitando los auténticos lazos con el prójimo. Como resultado, la atomización individual en nuestras sociedades conduce a monólogos auto-justificantes que no encuentran en el otro más que una modalidad de interrupción de todas las promesas de totalización. Es por ello que estos discursos políticos se sostienen sobre la negativización del otro en tanto peligroso, de una justicia que venga a poner las cosas en su debido lugar, en cuanto al goce se refiere, y en el subrayado de una ética del bien vivir que no es otra cosa que una apropiación de posibilidades de goce sin un otro interdictor. Dicha ética erosiona el lazo social, para permitir una hipertrofia no regulada del yo.

Frente a ello, el deseo y toda figura de lazo socio-comunitario opone la posibilidad de una regulación de los goces tal que permita una coexistencia comunitaria, al menos, primaria. Los discursos de odio, los fascismos contemporáneos no se articulan como discursos del deseo y el lazo, sino como de descarte y desprecio. En este contexto, toda discursividad entendida como lazo no es otra cosa que una tentativa de inscribir las



dinámicas pulsionales en lazos sociales lo cual es correlativo a un modo de regular los goces para permitir tal inscripción.